

vocatoria de los Estados generales; y aún cuando Burke vió más léjos que ninguno de sus compatriotas, lo cierto y averiguado es que cuanto descubrió su perspicacia, luégo quedó velado y oscurecido por sus pasiones y el poder de su imaginacion. Más de tres años pasaron despues de aquel suceso, sin que los principios del Gobierno inglés experimentaran cambio alguno material á consecuencia suya: nada más suave, tampoco, ni más escrupulosamente constitucional que la politica interior del célebre ministro, á quien no podia imputarse ningun acto que fuese parte á indicar siquiera inclinaciones á la arbitrariedad, ó desconfianza y recelo hácia las clases populares: ni una sola vez habia solicitado de las Cámaras autorizaciones ni facultades extraordinarias, ni ménos interpretado de una manera estrecha y tirante los poderes que delega la Constitucion en el Gobierno ejecutivo, ni siquiera promovido ninguno de esos procesos políticos que ahora se calificarían de opresivas persecuciones, pues durante los ocho primeros años de su ministerio la causa única en que los tribunales de justicia entendieron, y que pudiera calificarse así, fué la de Stockdale, y para eso, ántes que al Gobierno deberemos atribuirle ciertamente á la oposicion.

Una vez investido del poder ministerial, Pitt rescató las prendas empeñadas á los campeones de la reforma parlamentaria en los comienzos de su vida pública, porque ya en 1785 sometió á las Cámaras un plan prudentísimo enderezado á mejorar el sistema representativo, alcanzando del Monarca la promesa de que no sólo se abstendría de hablar en contra de él, sino de que lo recomendaría con eficacia en el discurso de la Corona (1). El proyecto fracasó;

(1) El discurso de apertura de 1785 terminaba con la

pero es indudable que si la Revolucion francesa no hubiera provocado violenta reaccion en el espíritu público, Pitt habria conseguido realizar, sin grandes dificultades y peligros, la obra magna que, andando el tiempo, llevó á cabo lord Grey, valiéndose de medios que conmovieron profundamente un espacio los cimientos del orden social. Y en lo que respecta á la trata de negros, cuando las atrocidades cometidas en ella se relataron prolijamente por la primera vez en las Cámaras, ningun abolitionista logró expresarse con más calor que Pitt, reemplazando eficazmente su elocuencia la de su amigo Wilberforce, á quien una enfermedad impidió tomar parte aquella ocasion en los debates. En 1788, y gracias á Pitt, se redactó un *bill*, inspirado en los sentimientos más humanitarios, y encaminado á mitigar en lo posible los horrores de tráfico tan infame, á pesar de la oposicion de algunos de sus mismos compañeros de Gabinete; y bueno será decir á este propósito, en honra suya, que para facilitar los medios de aprobarlo, prolongó la legislatura, no sin producir quejas y protestas en la Cámara, mucho tiempo despues de la discusion del presupuesto de Hacienda y de haberse votado el *bill* de *appropriation*.

Pero aún hay más: en 1791 sostuvo calurosamente, con el concurso de Fox, el precepto constitucional contra los que pretendían anular por medio de la disolucion del Parlamento un acta de acusacion; y asimismo aquel año, de acuerdo tambien con su famoso adversario, una causa más importante, cual

---

promesa de que S. M. contribuiría de una manera eficaz al planteamiento de cuantas medidas fueran necesarias á consolidar los verdaderos principios de la Constitucion palabras que se interpretaron despues, relacionándolas con el *bill* de reforma de Pitt.

fué la de inscribir en el Código inglés la ley en cuya virtud quedó la libertad de imprenta bajo la protección del Jurado; honra que por igual corresponde á Fox y á Pitt. Solo una vez, durante la primera parte de su largo ministerio, adoptó William Pitt una línea de conducta indigna de *whig* ilustrado; y fué haber cedido, en la discusión del *bill* de la Prueba, á los deseos del monarca á quien servía, de la Universidad que representaba en la Cámara, y de los eclesiásticos y propietarios de provincias cuyo apoyo buscaba, empleando el lenguaje de los *tories*, si bien sin aspereza y con cierta frialdad. Excepto esta ocasión, su conducta política desde fines de 1783 hasta mediados de 1792 fué de sincero amigo de la libertad civil y religiosa.

Nada tampoco durante aquel período fué parte á indicar siquiera que Pitt tuviese propósitos belicosos ó alimentara odios contra la Francia; y dieron muestra de no conocer su carácter ni su historia los publicistas del otro lado del canal de la Mancha que lo representaron, nuevo Annibal, jurando niño todavía en las manos de lord Chatham enemiga eterna al reino vecino; que lo acusaron de haber exaltado por medios misteriosos de corrupcion á los jacobinos, y hécholes cometer los excesos que deshonraron la Revolución, y que lo supusieron principal y verdadero inventor é instigador de la primera coalición europea. Porque, léjos de ser enemigo mortal de la Francia, sus laudables esfuerzos para estrechar los lazos entre la Inglaterra y ella, merced á un tratado de comercio liberal y prudente, le valieron acerbas censuras de la oposición, llegando á oirse calificar en plena Cámara de los Comunes de hijo degenerado cuya parcialidad en favor de los enemigos tradicionales de la patria debía es-

tremecer en su sepulcro el cadáver de su padre.

Ahora bien; el ministro que si hubiera muerto el año 1792 habria dejado un nombre inmortal, santificado por la paz, la libertad, la filantropía y el recuerdo de las reformas prudentes y del gobierno constitucional, vivió lo bastante para trasmitirlo á la posteridad con la memoria de cuantos rigores y arbitrariedades son posibles, de leyes inexorables cumplidas inexorablemente, de *bills* contra los extranjeros, de *bills* para amordazar los prisioneros, de suspensiones del *Habeas corpus*, de castigos crueles impuestos á determinados agitadores políticos, de persecuciones injustificables aplicadas á otros, y de la guerra más costosa y sangrienta de los tiempos modernos, y para ser, en fin, maldecido por opresor en Inglaterra y por perturbador infatigable y tenaz en toda Europa. Entónces fué cuando comparando los primeros con los últimos años de su vida política le buscaron semejanza los poetas con el apóstol que vendió á su Maestro, y con los ángeles malos caídos en el infierno desde las alturas del cielo, y entónces cuando, haciendo coro al clamor de odios y venganzas que contra él se levantaba por todos los ámbitos de su misma patria, le imputaban la prensa y la tribuna francesa cuantos crímenes se cometían en la República para su deshonra y perdición, lo mismo los horrores de los jacobinos que las insurrecciones de Lyon y Burdeos contra la Convención; así la muerte de Lepelletier como la de Robespierre; el espantable imperio del Terror, los asesinatos de Setiembre, las procacidades de Marat y las carmañolas de Barrère; que nadie sino él, en concepto de las gentes, inspiraba las iniquidades y sobornaba los malhechores, lo mismo á París que á Cecilio Regnault, á Collot d'Herbois que á Fouquier

Tinville, á Lebon para que anegara en sangre á Arras, como á Carrier para que cegara el cauce del Loire á fuerza de cadáveres.

Pero es lo cierto que Pitt ni amaba la guerra ni ménos el gobierno arbitrario, sino la paz y la libertad, y que la fuerza de corrientes á las cuales no habria podido resistir la voluntad ni la inteligencia humana, lo arrastró fuera de su cauce, viéndose obligado entónces á seguir un camino que así repugnaba en todo á su carácter como era opuesto á sus inclinaciones, en vez de continuar aquella política que se adaptaba mejor á sus cualidades naturales y adquiridas.

Injusto es en verdad tambien el cargo de apostasia formulado contra él, pues no debe llamarse apóstata en rigor al hombre cuyas opiniones cambian con las de la masa de sus contemporáneos. En efecto, de la primavera de 1789 al otoño de 1792 se verificó un gran cambio en la opinion pública de los ingleses, y si la evolucion que se hizo en las ideas de Pitt se advirtió más, no fué porque aventajara la suya ciertamente á la de sus conciudadanos, sino porque se hallaba en lugar más aparente que todos ellos, y porque, ántes de aparecer Bonaparte en el horizonte de la historia, ningun otro personaje político atraía sobre sí las miradas del mundo civilizado. Pero si al despuntar de la Revolucion francesa, los ingleses, y Pitt con ellos, vieron con señaladas muestras de agrado el sucesó, presto mudaron de parecer á efecto de las confiscaciones, de la perturbacion y del desórden producidos, del ascendiente que tomaron los clubs, y de los actos de barbaria realizados por el populo enfurecido del hambre y de las más malas pasiones, y á partir de aquel momento histórico la

corte, la nobleza, el clero, los fabricantes y tenderos; en una palabra, las nueve décimas partes de aquellos que poseian algo, se tornaron fogosos é intolerantes antijacobinos. Y esta reaccion fué tan violenta entre los adversarios como entre los amigos del gobierno; y aunque Fox intentó contener á los suyos, no pudo lograrlo, pues todo su talento y su influencia personal ni fueron parte á conseguirlo, ni ménos á mantenerlos en disciplina, siendo el primero en rebelarse Burke, y siguiendo presto su ejemplo Portland, Fitzwilliam, Spencer, Loughborough, Carlisle, Malbesbury, Elliot y Windham. En la Cámara de los Comunes el número de parciales del grande orador político bajó de ciento sesenta á cincuenta; en la de los lores apénas si le quedaron diez ó doce, y es indudable que lo propio hubiese acontecido en los bancos del ministerio á obstinarse Pitt en resistir á la corriente general. Forzado, pues, del Rey, de sus colegas, de sus antiguos amigos y de sus adversarios, fué abandonado poco á poco y contra su voluntad la conducta que más cara podia ser á su corazon, y no sin haber hecho grandísima resistencia, despues de apurar todos los medios de conciliacion, tomó parte activa en la guerra europea, siendo tal su optimismo en órden á este punto, que todavia en los momentos mismos del conflicto se lisonjeaba con la esperanza de que la Inglaterra no se veria en el caso de abrazar la causa de ninguno de los contendientes, y que en la primavera de 1792 hacia partícipe al Parlamento de sus ilusiones pacíficas, y demostraba la sinceridad de sus palabras proponiendo considerables reducciones en los impuestos, pareciéndole posible hasta fines de aquel año la neutralidad de Inglaterra. Pero no era fácil empresa la de reprimir las pasiones

que iban creciendo y desarrollándose de una manera formidable y temerosa por ambas orillas del canal de la Mancha. Porque mientras los republicanos franceses, cual los musulmanes de otro tiempo, que recorrieron el mundo la cimitarra en una mano y el Koran en otra, conquistando y convirtiendo en Oriente hasta Bengala y en Occidente hasta las columnas de Hércules, daban muestras del mismo fanático proselitismo, las clases elevadas y medias de Inglaterra se agitaban también poseídas de celo no ménos ardiente y fervoroso que el de los cruzados que lanzaron en Clermont el grito de *¡Dios lo quiere!*, corrientes ambas encontradas, caudalosas y bravas, que debían chocarse con furia, y cuyo impulso no podía ser parte á contener en modo alguno el talento ni el prestigio de un hombre solo. Y como Pitt estaba en la primera fila de sus conciudadanos y en lugar más elevado que todos ellos, pareció llevarlos á la batalla, siendo en realidad empujado, y no quedándole más recurso sino ceder, pues de resistir por más tiempo, los suyos habrían pasado por sobre él.

Cedió, pues, al torrente, y desde aquel día comenzaron sus desgracias, porque ofreciéndosele dos caminos prudentes que seguir optó por uno intermedio. Si no quería oponerse al curso de la opinión pública, de acuerdo con Fox debió realizar el pensamiento de Burke y secundarla; y en la imposibilidad de mantener la paz, hubiera debido adoptar la única política que pudiera ser prenda segura del triunfo, proclamando la guerra santa en defensa de la religión, de la moral, de la propiedad, del órden y del derecho público, y combatir sin tregua á los jacobinos y con energía igual á la suya. Mas, por desgracia para él, su plan equidistante reunía

lo peor de los dos extremos. Así es que al emprender y llevar á cabo la guerra, no se dió cuenta del carácter propio que revestía, cerrando tenazmente los ojos á una circunstancia esencialísima de ella, cual era la de que tenía por adversario al acometerla, además de un pueblo, una secta, y que por tanto la nueva querrela entre Francia ó Inglaterra difería de todo en todo de las pasadas á propósito de las Colonias americanas ó de las fortalezas de los Países Bajos, habiendo de combatir el entusiasmo más frenético, la ambición más ilimitada, la actividad más indomable y el espíritu innovador más exaltado y audaz que pudiera imaginarse, y no los cortesanos y los pedantes de Versalles, Madame de Pompadour, ó el abate de Bernis. Lástima daba por esta causa de oírlo un año y otro demostrar á un auditorio, maravillado de su elocuencia, que la criminal República francesa carecía en absoluto de recursos pecuniarios, que no podía consolidarse, que su crédito estaba muerto, y que sus *asignados* valían lo que pesaban como papel viejo; cual si fuera necesario el crédito á un gobierno cuyo sistema rentístico estaba reducido al pillaje; cual si Alboin no hubiera podido convertir la Italia en un desierto hasta después de negociar empréstitos al cinco por ciento, y cual si los bonos del tesoro de Atíla se hubiesen cotizado á la par. De aquí que con ser grandes los talentos de Pitt, su administración militar fuera la de un hombre caduco. Lo habían colocado la fortuna y el ingenio al frente de un pueblo que luchaba en guerra terrible de vida ó muerte, de un pueblo ilustre por cuantas cualidades físicas y morales son partes á producir ejércitos bizarros; disponía de recursos inmensos, y el Parlamento se hallaba pronto á concederle más hombres y dinero

que pudiera pedirle. Con estos medios, un ministro como Louvois, como Richelieu, como Chatham, como Wellesley hubiera creado en pocos meses uno de los primeros ejércitos del mundo, y encontrado y puesto á su cabeza generales dignos de mandarlo, y, merced á todos, salvado á la Alemania en otra batalla de Blenheim, reconquistado á Flandes en otra batalla de Ramillies, y libertado á las provincias católicas y realistas de la Francia en otra batalla de Poitiers del yugo aborrecido, llevando el terror y la desolacion hasta las barreras de Paris. En lugar de esto, ¿qué sucedió? Sucedió que al cabo de ocho años de guerra, y despues de haber sacrificado millares de hombres y más oro que en la de América, en la de los Siete años y en la de Sucesion de Austria y de España reunidas, fueron los ejércitos ingleses en tiempo de Pitt el escarnio de Europa; como que no podian alabarse de un solo hecho glorioso, y que siempre fueron vencidos en el continente, viéndose forzados á reembarcarse ó á rendirse, y que sus más espléndidas victorias quedaron reducidas á tomar posesion de algunas islas azucareras en las Indias occidentales, y á dispersar tumultos de campesinos irlandeses inermes y medio desnudos.

Tal es la fuerza característica de la marina inglesa, que no sería fácil arruinarla por mala que fuera la administracion del país; pero hubo una época en la cual sufrió las consecuencias de la perniciosa y deplorable de lord Chatham. Porque como quiera que sin tener aptitud para desempeñar cargo alguno de importancia, la parcialidad fraternal lo elevara de un golpe al puesto de primer lord del almirantazgo, ejerciéndolo por espacio de dos años, durante los cuales por razon del estado de guerra

dependia de la buena organizacion de la armada la existencia misma de Inglaterra, él la desatendió de tal manera, que dió lugar con su conducta en aquel tiempo á que la clase mercantil, á pesar de hallarse dispuesta en todo á secundar al Gobierno y á no suscitarle dificultades, formulara quejas acerbas, viendo que no protegía de ningun modo el pabellon inglés al comercio nacional. Pero muy luégo, al ser reemplazado el inepto ministro por el conde Jorge Spencer, uno de los jefes del partido *whig* que al ocurrir el gran cisma producido por la Revolucion francesa se afilió en las huestes de Burke, todo cambió de aspecto; que si era inferior como tribuno á la mayoría de sus colegas, era sin disputa, en cambio, el primero de ellos, como administrador. Gracias á él, tras prolongada y lúgubre serie de tristezas y humillaciones, dió á la patria en el corto espacio de once meses dos dias de gloria y regocijo.

Acaso se antoje paradoja el decir que la incapacidad demostrada por Pitt en todo cuanto se relacionaba con la guerra, sirve á probar en cierto modo irrecusablemente su extraordinario talento; pero así es la verdad, porque, á no dudarlo, la décima parte de sus faltas y contratiempos habria sido funesta por extremo al poder y la influencia de cualquiera otro ministro que no hubiese poseido en el más alto grado las cualidades y dones propios de un jefe parlamentario. En vano era que sus enemigos desbarataran sus planes, que sus pronósticos se desmintieran, que las coaliciones europeas que fraguaba se deshicieran, que sus tan costosas expediciones fueran rechazadas con ignominia; en vano era que los contrarios, aprovechándose de sus errores y débiles esfuerzos para remediarlos, sometieran á Flandes y Brabante, al electorado de Maguncia y



al de Tréveris, la Holanda, el Piamonte, la Liguria y la Lombardia, porque su autoridad y su fuerza en la Cámara de los Comunes se hacia más incontrastable y absoluta. En ella se asentaba su imperio; allí ganaba las batallas, y allí estaban para él Lodi, Arcola, Marengo y Rívoli. Si ocurría una catástrofe inmensa, si los aliados perdían una batalla, si los franceses añadían un nuevo departamento á la República, si estallaba sangrienta rebelión en Irlanda, ó en la escuadra se amotinaban los marineros, ó se apoderaba repentino pánico de la *City*, ó llevaba el terror á las filas de la mayoría un amago de bancarota, la humillación y el miedo duraban hasta el momento en que Pitt aparecía en el banco ministerial, erguía su frente altanera, extendía el brazo con ademán de imperio y hablaba, expresando con sonoro y vibrante acento palabras altivas que rebosaban de inquebrantable resolución y esperanza firmísima. De esta suerte, durante largo período de calamidades y vergüenzas, cada desastre ocurrido fuera del recinto de la Cámara se transformaba puntualmente dentro de ella en señalada victoria; logrando, además, en fuerza de luchar y de vencer, que la oposición desapareciera casi; como que del numeroso partido que tuvo enfrente los ocho primeros años de ministerio, más de la mitad militaba en sus filas bajo sus banderas, con su antiguo rival el duque de Portland á la cabeza, y que los restantes, desesperados de tanto batallar inútilmente, habían concluido por retirarse del campo. Fox mismo se apartó del lugar de la lucha, recogiendo á las sombrías arboledas de la colina de Santa Ana, donde plantó su tienda y halló cumplida compensación á sus contratiempos y adversidades políticas, rodeado de amigos cuyo afecto ninguna

vicisitud podía ser parte á robarle, cerca de una mujer tiernísimamente amada, y deleitado el espíritu con el estudio de la literatura de Atenas, Roma y Florencia. Baste decir que las legislaturas se sucedían sin ser casi necesario proceder á votar, y que la minoría más numerosa que tuvo el Ministerio el año memorable de 1799 no excedió de veinticinco individuos.

No carecía entonces de vigor la política de Pitt, bien que sólo en lo interior del reino, pues en el extranjero la resistencia que oponía no era eficaz á combatir el jacobinismo, sino á estimularlo, mientras en su patria lo reprimía y lo extirpaba con mano fuerte, como que suspendió más de una vez el *Habeas corpus*, y las reuniones públicas quedaron sujetas á muchas trabas, y obtuvo del Parlamento las autorizaciones necesarias para expulsar los extranjeros sospechosos de malos designios, facultad que se tradujo en hechos repetidos; que los escritores que publicaban doctrinas contrarias á la monarquía y la nobleza, eran proscritos y castigados sin misericordia; y no había seguridad posible para ningún republicano que confesaba sus creencias; y se sacaron á relucir las armas del antiguo código escoces contra la sedición, código que los ingleses reputaban por bárbaro, y armas que los gobiernos anteriores dejaron enmohecerse sin usarlas; que se veía ir deportados á Botany-Bay, juntos y confundidos con los criminales de más baja estofa, hombres ilustrados y de buenas maneras, en castigo de culpas que los jueces de Westminster hubieran considerado como meras faltas; y que algunos reformistas de opiniones acaso exageradas y ridículas, é indiscretos en su lenguaje, pero que jamás pensaron derribar el gobierno por la fuerza material,

fueron acusados de alta traicion, librándose del cadalso únicamente por la benevolencia del Jurado; severidad aplaudida entónces por los alarmistas, á quienes el miedo hacía crueles, pero que la posteridad apreciará de muy diverso modo. En efecto, la historia podrá decir que los ingleses que deseaban la revolucion eran contados y poco temibles, y que constituian un grupo inerme, pobre, desconcertado, sin organizacion y sin jefes, y que Pitt, fuerte como lo era con el apoyo unánime de la nacion, habria podido reprimir fácilmente la turbulencia de malcontenta minoría con la firme, moderada y regular aplicacion de las leyes ordinarias; que toda la energía que demostró durante aquella época desgraciada de su vida, fué una energía desacordada, sin razón de ser y absurda, y que miéntras observó una conducta débil en su lucha con el extranjero, á quien debia de temer, empleó toda su fuerza, toda su vitalidad y toda su energía con el enemigo doméstico, á quien podia, sin riesgo, despreciar.

Sólo recordamos un acto de la política de Pitt, durante los ocho últimos años del siglo pasado, merecedor de los mayores elogios, y á virtud del cual resulta ser el primer ministro inglés que haya concebido grandes y trascendentales proyectos acerca de Irlanda. Y como la manera de sujecion en que gemia la parte católica de aquel desgraciado país le parecia cruel é injusta, y además era sobrado hábil para no comprender que al trabar una lucha con los jacobinos serian los católicos sus aliados naturales, comenzó á poner en ejecucion su pensamiento; y á realizarlo tal cual lo habia concebido y deseaba, es probable, seguro casi, que su política liberal y prudente hubiera evitado la rebelion de 1798. Pero los obstáculos que halló fueron muy graves, y no exa-

geramos diciendo que insuperables en cierto modo; pero, si los católicos quedaron á merced de los jacobinos, ántes fué su desgracia que no su culpa. Hubo luégo una insurreccion, la tercera de Irlanda contra los ingleses, y no ménos formidable que lo fueron las de 1641 y 1689, quedando éstos por vencedores y Pitt en el caso de imponer el precio de la victoria como lo hicieron otro tiempo Cromwell y Guillermo III. El plan que concibió fué grande y sencillo, y tan equitativo y humano, que bastaria por sí sólo á colocarlo en el lugar más preferente de los hombres de Estado, pues quiso confundir la Irlanda en un sólo reino con la Inglaterra, liberrar al propio tiempo á los católicos de aquella parte de las trabas anexas á la incapacidad civil que pesaba sobre todos ellos, y consignar un capítulo en los presupuestos generales de la nacion para ocurrir al sostenimiento del clero católico. Si hubiera podido lograr tan generosos designios, la union proyectada lo habria sido en realidad, asociándose al recuerdo de la libertad civil y religiosa en la memoria de la inmensa mayoría de los irlandeses, y ningunos otros que los intrigantes y opresores habrian echado de ménos el antiguo Parlamento de Dublin, la más tiránica, despreciable y corrompida de las asambleas de Europa. Pero Pitt no pudo realizar sino la mitad del plan, logrando el consentimiento de las Cámaras de ambos reinos para la union, aunque no esa concordia de razas y de sectas sin la cual la union sólo era palabra vacía de sentido. Porque si bien habia previsto las dificultades que hallaria en el despacho de S. M., le sonreia la esperanza de que poniendo á contribucion su habilidad y su prudencia podria vencerlas una tras otra; mas, por desgracia, no faltaron traidores en elevadas re-